

Entre la ciencia y la crítica. La posibilidad de la política

Santiago Martín Arnedo

Licenciado en Filosofía.

Universidad de Granada.

santiagoma@correo.ugr.es

1. Dos tradiciones diferentes.

Niklas Luhmann y Jürgen Habermas son los dos teóricos alemanes de la sociología que han representado respectiva y paradigmáticamente las posiciones de más largo alcance y solventes teóricamente en dicha disciplina. Por una parte, el funcionalismo de raíz anglosajona ha sido retomado por Luhmann bajo la última revisión de la teoría general de sistemas. Por otra parte, la Teoría Crítica, dentro de la tradición de la filosofía centroeuropea, ha sido actualizada por Habermas en un marco postmetafísico –“las intenciones de la Filosofía Primera han fracasado” (1987: 17) de la mano del giro lingüístico acontecido en la filosofía en el siglo XX. Ambos han entablado además una discusión de profundas consecuencias que cualquier teórico de la sociología y filósofo de la ciencia, con unas mínimas pretensiones teóricas, no puede hoy en día soslayar. Ambos autores además han enraizado profundamente sus respectivas teorías políticas en la teoría social, si bien al primero el lado más práctico de la disciplina le ha interesado bastante menos, cuando no ha negado abiertamente su legitimidad, mientras que Habermas está movido por una explícita intención ética y desde los foros públicos no ha dejado de ejercer la crítica y exigir responsabilidad a los intelectuales.

El estudioso que no quiera encuadrarse en una escuela, sino que pretenda hacerse un lugar entre ambos y pensar dialécticamente, como ya lo hiciera Kant entre el empirismo y el racionalismo, se verá obligado a bascular entre una serie de divergencias teóricas que Luhmann y Habermas tematizan atrincherados tras su posición: sentido vs. mundo de la vida, doble contingencia vs. entendimiento lingüístico, integración sistémica vs. integración social, evolución vs. procesos de racionalización de corte weberiano, Husserl como autor mentor vs. Schütz y Luckmann, extrapolación del método empírico de las ciencias vs. la práctica responsable de la libertad, exposición circular vs. exposición sistemática y un largo etcétera

de binomios, que enfrentan a dos tradiciones representadas por estos sociólogos y que nos sirven para pensar dialécticamente los fundamentos de la teoría social.

Esta serie de divergencias teóricas han desembocado en una concepción política meramente analítica frente a otra de cariz combativo. En este sentido, afirma Luhmann en su obra dedicada a la política desde una perspectiva sistémica *Teoría política del Estado de Bienestar*, que “toda teoría política [...] se guía [...] por las premisas de una teoría social” (1993: 41). Y sin embargo, a veces se da un desajuste entre el estudio de la sociedad y el estudio de la política como parte de aquélla; como dice Hannah Arendt en *Qué es política* (1995), los grandes pensadores nunca han ostentado la misma profundidad en sus pensamientos políticos que en el resto de su corpus teórico. Quizá porque la política remite a instancias más viscerales, y valga como ejemplo la vinculación al nazismo de Martin Heidegger. La inversa sin embargo es más exacta. Dicho de otro modo, que los defectos de visión en la concepción (de la) política remiten a defectos más profundos y más radicales, a saber, los defectos en la concepción del hecho social.

2. La política como entorno o como foro.

La sociedad, como sistema que engloba todas las comunicaciones, se ha diferenciado en subsistemas especializados: político, religioso, educativo, familiar, etc. Todos, a juicio de Luhmann, guardan entre sí una relación de sistema/entorno (1984: 37). Es decir, que la familia se convierte en un entorno para la política, la educación para la familia, etc. Entornos cambiantes y complejos que el subsistema en cuestión intenta controlar. El conjunto de estos subsistemas permite responder funcionalmente a las diferentes demandas de la sociedad. Las personas participan de manera no exclusiva en estos subsistemas. Una persona puede ser padre, profesor, y tener un cargo público, por ejemplo. Gracias a esta diferenciación funcional, las posibilidades comunicativas se han ampliado en este desarrollo. La política, como subsistema diferenciado, es novedosa respecto al hombre en el sentido que surge *entre* los hombres. Es decir, que para el científico social, las características emergentes del subsistema político no se reducen las características de sus componentes individuales. La política pretende una función reguladora que sobrepasa sus posibilidades: “hay un exceso de necesidades de orientación respecto a las posibilidades de actuación” (Luhmann 1993: 142).

Pero para los pensadores críticos, como es el caso de Habermas, este espacio novedoso es el espacio para ejercer la libertad y no meramente la tierra de nadie, un entorno a su vez hostil, donde prima la adaptación estratégica. Y si no lo es, al menos *debería* no serlo. Al agente se le abre este espacio en su conciencia como una posibilidad, como la opción para ejercer la libertad o bien renunciar a ella. El agente sabe cuándo se deja llevar por los demás y cuándo intenta pensar a contracorriente y seguir principios propios. Para el pensador crítico, este foro pone a prueba la catadura moral de sus agentes.

El funcionalista encontraría por contra una explicación utilitarista para estos principios-guía de la acción. Más allá del propio convencimiento del agente, en el foro político se cuecen las estrategias con las que el sistema se procura su propia subsistencia. Es difícil calibrar hasta dónde llega el efecto de la sospecha del uno para con el otro:

- a) si el funcionalista no es más que conservador disfrazado, puesto que deslegitima teóricamente la actitud crítica hacia el presente como ilusoria-,
- b) o si el crítico no es más que un ingenuo que pretende dirigir el curso de la sociedad, cuando la evolución ya se sirve ella sola a tal fin (Habermas/Luhmann 1971: 143).

295

FEBRERO
2016

Habermas en su *Teoría de la acción comunicativa* había analizado la evolución social como una profundización de la racionalidad en el sentido de Max Weber (Habermas 1987: 197 y ss.). Las esferas de valor de los distintos órdenes culturales se han independizando en Occidente unas de otras y cada una opera con criterios de legitimación propios. El problema de nuestras sociedades occidentales ha sido la relegación de toda racionalidad que no sea la mero cognitivo-instrumental, que queda particularmente ejemplificada, a juicio de Habermas, precisamente en la teoría de Luhmann. La crítica de Habermas se autoconcibe como voluntad de desenmascaramiento: debajo de ese ropaje de lenguaje técnico de las ciencias de última generación (cibernética, autorreferencialidad, inteligencia artificial. etc.) que ostenta Luhmann, lo que se produce en realidad es una traducción de la filosofía de la conciencia, en su expresión más fenomenológica, a un lenguaje funcionalista, que busca dejar sin armas a la teoría crítica de la sociedad, pues le impone como hechos de análisis lo que no es más que una contingencia histórica, que en virtud de instancias de crítica semi-trascendentales sería todavía susceptible de ser cambiada, en aras de un concepto de racionalidad más amplio, que

acoja en su seno los fundamentos de una ética discursiva, de la que tan indigentes nos sentimos. Y la cuestión es bien grave, pues se trata nada menos que de la decisión sobre el bien común, del juicio sobre la legitimidad de nuestras tradiciones, y de las expectativas sobre el futuro. Dicho de otro modo, la materia prima que estudia el funcionalista no es algo dado, sino algo que *puede* ser de una manera u otra, según ejerzamos nuestra actividad crítica.

Este poder desaforado de la conciencia moral aparece al funcionalista como una forma de no entender suficientemente cómo funciona la sociedad. Cómo escribe Luhmann: “tenemos la posibilidad de elegir palabras resbaladizas, que son compatibles con programas que fracasan” (1993: 142). La sociología pretende ser una ciencia, no una doctrina. Para Habermas, ciencia y doctrina son indesligables, para Luhmann incompatibles.

3. ¿Existe el observador ideal?

El *selbst*, la conciencia vigilante, para Luhmann no denota el centro, ni la totalidad del sistema, tan sólo alude a momentos puntuales de constitución en la construcción del sistema; y hablamos de autorreferencia (*Selbstreferenz*) en el sentido de que es condición de posibilidad de autopoiesis. Su reflejo en la sociología se encuentra en la sociedad mosaico, en la sociedad sin centro, una sociedad hecha añicos, donde se han multiplicado los intereses y se han atomizado los individuos. Como no existe un centro privilegiado de observación, según Luhmann, no existe un lugar indicado desde el que ejercer la crítica y menos desde el que imponer un criterio. Es imposible hacerse con un lugar privilegiado para observar una sociedad en exceso compleja. Quien se crea dueño de un criterio superior, simplemente delira. Los conceptos de justicia, moralidad, rectitud, han quedado vacíos de contenido, son sólo constructos semánticos que el sistema utiliza para operar, pero que en modo alguno pueden servir de cobijo para aquellos que pretenden marcar un camino a la evolución social. La política se convierte en una tarea, de procedimiento por cierto y no de legitimación. Es la tarea que lleva a cabo el subsistema político, que en modo alguno puede alzarse como la *conciencia general* del sistema social. Una sociedad diferenciada, como hemos dicho, no dispone de un centro: ningún subsistema representa a la sociedad en su totalidad. De una sociedad estratificada jerárquicamente, en la que la nobleza o la religión ocupa un lugar nuclear, se ha pasado históricamente a una sociedad diferenciada funcionalmente: los sistemas no tienen portavoz. En este panorama se alzan las críticas de las ideologías, los lamentos por

la crisis de la cultura, los problemas de legitimación en el capitalismo tardío. Pero o bien se asume la sociedad sin centro o entonces ha de proponerse al sistema político como nuclear, extralimitando sus funciones y destruyendo las posibles adquisiciones evolutivas funcionales.

Además, los problemas que se derivan de la interacción de la sociedad con su entorno (por ejemplo ecológicos) no se reflejan a nivel global en el sistema social, pues cada subsistema impone sus jerarquías en la observación de los demás. Lo que para uno es decisivo, para otro es irrelevante. Normalmente los subsistemas se interpenetran a través de su entorno. Falta un subsistema en el que se reflejen esas interdependencias, pues la complejidad de los subsistemas no está a disposición del sistema que los abarca, del mismo modo que el cerebro no controla la química de una célula, pero se sirve de ella para funcionar. El decisionismo político intentaría algo así como si la sociedad pudiera salir de sí misma para verse, como si fuera un dibujo de Escher, en el que la mano dibujada se identifica con la mano dibujante. Ante la imposibilidad teórica de control, piensa Luhmann, se suele recurrir a la desesperada a la ética, pero en el fondo, para sobrevivir, nos basta con la evolución.

Sin embargo, en la situación actual, en la que el subsistema económico está engullendo no sólo al político, sino a todas las demás instancias ancladas en el “mundo de la vida” –entendido como el legado de lenguaje y tradición cultural del que nos surtimos para encarar el día a día, y que pone a disposición un gran arsenal de crítica-, de tal forma, que lo que se refleja en economía con términos cuantitativos y de eficiencia, en la vida personal se refleja como traumas, rupturas familiares psicopatologías. Los bancos han de desahuciar para afrontar disfunciones. Pero los padres que no saben dónde alojar a sus hijos comprueban esta situación no como una disfuncionalidad sino como la vida que se vuelve en contra de sí misma. Estudios muestran que en la época de crisis económicas, las adicciones al alcohol o a las pastillas aumentan entre la población. Es decir, el sistema de personalidad acaba pagando los platos rotos del sistema de economía. Ante este panorama los discursivos piden más política como un intento de amortiguar estos desequilibrios. Desde la tradición de la izquierda se exige un mayor protagonismo de la población para gestionar sus propios intereses, y del Estado, como mediador que mitigue las diferencias de riqueza. Desde el factor conservador se responde que los mercados han podido desplazar jefes de gobierno incompetentes, cuando no corruptos, cuando la mera ley de las mayorías ha sido incapaz. Es decir, que ese algo impersonal, situado a nivel diferente de la conciencia, puede corregir las disfuncionalidades

con más eficacia que los mejores sentimientos, que estérilmente se agotan en la denuncia de las injusticias.

Una de las razones que se han esbozado con el fin de desacreditar la discusión política de cariz práctico, ha sido que ésta pasa por alto la complejidad del tema del que se ocupa. La complejidad se ha definido de formas tan diferentes, que su mismo concepto se ha vuelto complejo. La complejidad es un concepto problemático, demasiado complejo para ser definido. Luhmann lo va a definir en función de los conceptos elementos/relación. Es decir, cuando la relación con un elemento determinado no está disponible. Entonces se crea una zona oscura. Los elementos en el entorno son potencialmente infinitos, pero en el interior también. En la diferenciación interna (en la creación de subsistemas dentro de un sistema comprensivo) se podría recursivamente repetir la misma operación, y crear sub-subsistemas y así multiplicar los niveles de observación indefinidamente. Existen otros modos de diferenciación, pero éste es esencialmente eficaz, porque crea una notable jerarquía de niveles que facilita sobremanera la (auto)observación, como la pupila que en cada caso se adapta a la dualidad fondo/figura. La iteración de dicha operación es pues una forma de ganar complejidad interna. En otros lugares se ha aludido a la complejidad como a la falta de información pertinente para explicar una situación. Luhmann (op. cit.) específicamente la define como aquel conjunto interrelacionado de elementos “que en virtud de limitaciones intrínsecas en la capacidad de los elementos para conectarse, no puede conectar un elemento con cualquier otro en cualquier momento”. Dichas “limitaciones intrínsecas” se refieren al no acceso que registra el sistema a la complejidad de sus elementos. Gracias a esa opacidad irrebasable se siente obligado a escoger entre unas determinadas relaciones u otras. En otras palabras, actúa el sistema con un alto grado de ceguera. Se entiende por “selección” la decisión de establecer relaciones con unos elementos y no con otros. La selección entraña un margen de contingencia insuperable, que al sistema se le presenta como la dosis de riesgo que hay que asumir. Esta explicación que parece tan abstracta no es más que el reverso teórico del funcionamiento de la política. Es inevitable asumir riesgos, puesto que no toda la información está disponible para el subsistema de la política, y menos aún la posibilidad de establecer las relaciones deseadas. Por tanto, los males –disfunciones- han de ser asumidos por el agente con la mejor de las disposiciones estoicas.

4. Argumentos de la complejidad.

Evidentemente a los subsistemas –incluido el político- se les plantea el mismo problema con sus sub-subsistemas, no controlan su complejidad, de tal suerte que la complejidad se reproduce en cada nivel que nos situemos. Lo paradójico es que ella misma se autorrefiere, se presupone (un sistema es complejo si no posee a disposición la complejidad de sus elementos). Con cada nueva diferenciación aumenta la complejidad, pero también la forma de reducirla, pues cada subsistema se especializa en una reducción de la complejidad y alivia la incertidumbre. Y es que el entorno es un hontanar infinito de datos de los que es imposible hacerse. Un recurso que tiene el sistema para encarar su complejidad interior es servirse de la diferencia sistema/entorno, esto es, ganar autonomía mediante el aislamiento y reconcentración en sí mismo, mediante la selección, a la que acabamos de aludir. Como el entorno no es manejable en su totalidad, surgen las casualidades, o percepciones inexplicables para el sistema. Aquí Luhmann mantiene una radical postura determinista, achacando todo azar a la limitación del conocimiento. Esta opción forma parte de una discusión inveterada, si bien es cierto que la moderna teoría física admite la “indeterminación” –no de azar- tanto a nivel epistemológico como ontológico. Para Luhmann el sistema considera algo casual cuando no se le puede conectar estructuralmente con el pasado ni con el futuro.

299

El sistema se siente dependiente (del entorno como recurso) e inseguro (respecto al entorno como fuente de información). Y esto es así, porque la actuación del sistema está marcada por la contingencia de cada selección que realiza. A ambas vertientes se puede reaccionar bien por medio de redundancias, almacenamientos, etc. bien por medio de evidencias, de creencias compartidas, etc. Este último aspecto ha sido garantizado sobre todo por los rituales religiosos. En un estadio de complejidad más elevado, han surgido equivalencias funcionales, que han desplazado las respuestas anteriores, rígidas y ritualistas. Es ciertamente, el concepto de complejidad, un concepto relativo, es decir, comparativo. A ojo una medusa parece simple, a nivel molecular es una maremágnum. Según regulemos una óptica macro y micro, una situación deja de ser simple o compleja. La complejidad en el sistema político proviene de la relación del sistema con su entorno y con sus subsistemas, que a su vez pueden relacionarse con sub-subsistemas, y en esta jerarquía no hay fin.

FEBRERO
2016

El número de actores estatales y número de órganos se ha incrementado con el tiempo históricamente. El Estado moderno ha visto crecer el número de sus instituciones, de ministerios, en instituciones autónomas, empresas mixtas que recogen lo público y lo privado. Al mismo tiempo la división de poderes se ha vuelto más compleja y difusa. La intromisión de los partidos políticos en el poder legislativo es a veces extrema, la administración se autonomiza crecientemente, y lejos de ser una gestora pasiva influye en las mismas decisiones políticas. Todo poder –como tematiza García-Pelayo (2005)- encuentra un contrapoder de tal manera que la regla suprema del juego político parecería ser la reducción mutua de sus participantes a la impotencia.

La redundancia de funciones se ha convertido en un lastre económico en el Estado de bienestar, y la excesiva compartimentalización ha desembocado en el corporativismo. El Estado por su lado se diversifica infinitamente: apoya la investigación y el desarrollo, interviene en el curso de la economía, influye con restricciones en el flujo del mercado, con tasas en la producción. Sólo en el Estado parecen encontrar resultados unitarios los múltiples procesos que se cruzan en la sociedad compleja. La política no sólo se encuentra además con una indefinición de las tareas de régimen interno, sino que ha de reaccionar eficazmente en política exterior, en un exterior cambiante y cuyo sometimiento a instancias supranacionales no siempre es unívoca. Con estos datos Luhmann propone su tesis de que la complejidad determina la naturaleza y posibilidades del subsistema político.

Otro argumento propuesto es la clausura operacional del subsistema político. Con la auto-referencialidad, Luhmann ha dividido el universo en infinitas mónadas opacas entre sí. El (sub)sistema político es un sistema cerrado: lo relevante en política es lo que tiene interés para la política, que a su vez se vuelve relevante para la política. Es autorreferente, es “un sistema que produce y reproduce por si mismo los elementos –las decisiones políticas, en este caso- de que está constituido” (*Sistema sociales*). Toda decisión se lleva a cabo a partir de, en función de, otras decisiones. No se decide en función de algo externo, sino de la representación interna de ese algo externo. Sólo actúa autorreferentemente: las decisiones colectivas no existen, no surgen del entorno, sólo se forman en el interior del sistema. La sociedad actual modifica su entorno. Para enfrentarse a este problema sólo dispone de la comunicación, de ahí que se justifique un análisis de los medios tradicionales de comunicación: poder, verdad y dinero.

Los sistemas son singularmente autistas. El entorno no puede “entrar” o alterar el orden interno autorreferente. En el intercambio queda intacto el funcionamiento interno. Todo nuevo elemento (decisión política) queda referido a la unidad de ese orden. Los contactos con el entorno estimulan o dotan de argumentos: pero lo esencial para el funcionamiento es que la política se refiere a lo político. Y lo político queda definido como aquello de lo que trata la política. La autorreferencia política es producto de la diferenciación evolutiva sistémica: permite atender el cambio exterior desde una estabilidad interior y permite la inclusión. En el sistema político se diferencian comunicaciones, no personas. Es decir, la sociedad utiliza el medio de la comunicación, es la materia de la que está hecha, y la conciencia individual le es ajena, la persona es su entorno. De ahí provienen muchas de las acusaciones contra Luhmann, en el sentido de que es un antihumanista.

Ciertamente los peligros e incertidumbres son muchos. Algunos de ellos incluso abren la posibilidad a la desaparición de la humanidad como especie, si la gestión política fracasa. No se puede abandonar el timón a una concepción científica –y por tanto falsable– de la sociedad, contraargumenta Habermas. Frente a los retos que a cada generación se le presentan, los cuales cada vez tienen un alcance más global, Habermas propone un tamiz dialógico que cumpla los requisitos de una situación ideal, donde no se introduzcan asimetrías entre los participantes, y que autolegitime su resultado en virtud de la racionalidad de su planteamiento. Es decir, los participantes se deben dejar llevar en exclusiva por el peso del mejor argumento y no adulterar el proceso comunicativo con intereses espúreos y ocultos. Luhmann considera ocioso alzarse con opiniones que intenten imprimir un rumbo a la sociedad, y por razones no sólo pragmáticas, sino de calado teórico. Pero la teoría se equivoca y los errores conceptuales o de coherencia todavía ocurren por así decirlo en el campo de la ficción, pero en el gobierno de la vida nos las tenemos con lo único con lo que en última instancia contamos: con la vida. Y esta situación es tan radical, que presupone todas las demás, y no puede constreñirse por ninguna teoría, y menos aún sabiendo, después de Popper, que la falsabilidad es la esencia de toda teoría genuina.

Lo que se desliza subterfugiamente bajo estas macroteorías es toda una concepción del hombre, y ahí es donde reside precisamente su mayor peligro. Si es cierto que nunca se puede iluminar del todo el horizonte, habrá que dejar siempre la puerta abierta, por razones no solo teóricas, sino también y sobre todo prácticas.

Todavía no se han estudiado a fondo los presupuestos y las consecuencias que las obras de estos dos grandes teóricos, ya clásicos, entrañan de cara a posibilitar o legitimar la actuación política. Ante la discusión más arriba expuesta surgen sin querer preguntas tales como ¿qué poder tiene la cultura y el conocimiento? ¿Es la crítica una función evolutivamente ventajosa de un sistema o un efluvio superfluo incapaz de autofundamentarse a sí misma? ¿se convierte necesariamente en ideólogo el crítico social, o en qué momento y bajo qué condiciones se transforma en tal? ¿Acaso se puede limitar la búsqueda de los valores trascendentales, el bien, la verdad, etc.? Una vez más se comprueba que las preguntas al nivel político retrotraen inevitablemente a niveles más profundos y radicales de análisis. En cierto modo, Luhmann y Habermas coinciden en remontar la actitud política a los presupuestos de una teoría más amplia de la sociedad, de ahí la importancia del tema expuesto en esta discusión.

Bibliografía

- Luhmann, Niklas. (1993). *Teoría política en el Estado de Bienestar*. Madrid. Alianza Universidad.
- Luhmann, Niklas (1984). *Soziale Systeme. Grundriss einer allgemeinen Theorie*. Frankfurt am Main. Suhrkamp.
- Arendt, Hannah (1995). *¿Qué es política?*. Barcelona. Paidós.
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid. Taurus.
- Habermas, Jürgen/Luhmann, Niklas (1971). *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*. Frankfurt am Main. Suhrkamp.
- García-Pelayo, Manuel (2005) *Las transformaciones del Estado contemporáneo*. Madrid. Alianza.

